

sacerdote Aarón, desplegando toda la pompa sacerdotal, se acercaba á este altar una vez al año con paso solemne, y, llevando en la mano un vaso de sangre, tomado del de los Holocaustos, le derramaba en el de los perfumes, enrojeciendo con esta unción sagrada cada uno de sus ángulos. Así quería el soberano árbitro del mundo, el Dios de toda majestad que, para honrarle dignamente el hombre, su criatura racional, le ofreciera en un mismo sacrificio los dones más opuestos en apariencia; la sangre y los perfumes, simbolo admirable de la más alta enseñanza.

Oigase el bello comentario de San Gregorio sobre esta ceremonia simbólica de la antigua ley: «Sabed, dice este gran Papa, que en el templo de vuestra alma hay dos altares, *el de los holocaustos y el de los perfumes*: y que no seréis admitidos á ofrecer sobre este último el incienso de vuestras oraciones, sino después de haber derramado sobre el primero la sangre de una víctima, es decir, sacrificado vuestras pasiones. No: no se os permitirá penetrar en el santuario, si no habéis hallado gracia delante del Señor, por medio de convenientes expiaciones. El incienso de vuestras plegarias no subirá hacia El como un perfume agradable, sino cuando por medio de un sacrificio generoso hayáis sometido á Dios vuestra voluntad y vuestros pensamientos». *Sufrir y orar*, con un sentimiento de humildad, de confianza y de amor, en unión con Jesucristo, he aquí el sacrificio por excelencia agradable al Señor, y he aquí también el medio eficaz de asegurar la propia salvación y de contribuir á la de los demás.

Y ahora, piadoso lector, considera la conexión íntima que existe entre *el Apostolado de la Oración y el Apostolado del Sufrimiento*. Orar y sufrir son dos condiciones de la vida sobrenatural. Separar la una de la otra, sobre todo, en el

ejercicio del celo apostólico, es exponerse á comprometer el resultado. El viajero necesita dos pies para caminar; y el fiel que quiere contribuir por su parte en larga medida á la salvación de las almas, necesita orar y sufrir.

Cristianos fervorosos, que amáis las almas á quienes Jesucristo amó tanto, he aquí un nuevo reto hecho á vuestro celo. Una de las plumas consagradas á una de las obras más santas del tiempo presente os lo ha dicho: *Orad por las almas: vuestra oración unida á la del Sagrado Corazón de Jesús, las salvará*.—Por nuestra parte, haciendo resonar nuestra débil voz en este vasto campo donde tantos pobres hijos de Adán combaten con el enemigo de todo bien, venimos á deciros: *Sufrid por las almas: unid vuestros sufrimientos á los del Sagrado Corazón de Jesús, y las salvaréis*.

El humilde Hijo de María, Jesús crucificado, es hoy, como siempre, el único mediador entre Dios y los hombres. Si nuestro siglo debe salvarse (y se salvará si se humilla) lo deberá únicamente á Jesucristo crucificado y á las víctimas voluntarias que se digne asociar á su sacrificio.—«Si este no es el fin de la tragedia humana—ha dicho un publicista católico de nuestros días—si después de este triunfo hay todavía un porvenir para el mundo, el mundo se salvará como se salvó la primera vez, porque Cristo habrá encontrado mártires. Por segunda vez la libertad descenderá del Calvario, sangrienta é inmortal, y volverá de nuevo á implantar en el corazón de los hombres las únicas verdades que tienen el privilegio de sustraerlos á la esclavitud del hombre; porque sólo ellas le hacen hijo y servidor de Dios». Dios no sigue, en efecto, en la obra de la regeneración humana, dos planes providenciales. Desde la eternidad ha resuelto salvar al mundo por la cruz, y hasta el

último día del mundo seguirá con invariable constancia este programa divino. La oración y la sangre de Jesús, vertida en el huerto de las Olivas y en el Calvario, sacarán al mundo antiguo del abismo del error y de la corrupción en que estaba sepultado. La oración y la sangre de los mártires de los tres primeros siglos, unidas á las oraciones y á la sangre del Hombre-Dios, han concluído esta grande obra. Nadie se engañe: la oración y la sangre de Jesús, derramada en el huerto de las Olivas y en la Cruz, detendrá todavía al mundo en el borde del abismo, donde hombres perversos quisieran de nuevo sepultarlo, haciéndole retroceder á los días del paganismo.

Las oraciones y los sufrimientos de los cristianos, miembros vivientes de Jesucristo, contribuirán de la manera más eficaz á esta grande obra de preservación y rescate. El mundo está sostenido por los méritos de los santos, ha dicho un personaje piadoso: *Precibus sanctorum stat mundus*. Y en nuestros días, más que en otros, halla aplicación esta sentencia. Sí: después de Jesús, la principal esperanza de la salvación de la generación presente, reside en la oración y en los sufrimientos de los santos, es decir, de los católicos fervientes. Sea cualquiera el desprecio con que el siglo ingrato los mortifique; sea cualquiera el odio con que los persiga, no debe ignorar este siglo que su suerte está en sus manos. Sin la intervención caritativa de estos fieles discípulos de Cristo, que oran y sufren por apaciguar la cólera divina, hace mucho tiempo que esta generación culpable habría sufrido los últimos rigores de la venganza celeste, que habría desatado sin piedad todos los azotes para castigar sus prevaricaciones.

Mas la oración y el sacrificio de los santos contienen el brazo de Dios, siempre dispuesto á

la misericordia: y he aquí cómo se explica que, á pesar de tantos crímenes y abominaciones, de que somos testigos todos los días, la infinita caridad de nuestro Padre celestial nos sostiene y nos colma de beneficios. ¡Sea para siempre bendito!

Pero tu, piadoso lector, que ves como nosotros las grandes llagas de este siglo, no querrás permanecer ocioso é inactivo en presencia de tantos males que necesitan curación, y de tantos bienes como se pueden realizar. Abrigamos la confianza de que, después de leer este librito, no dudarás en asociarte á la cruzada pacífica que te proponemos. Con la *oración*, es el *sufrimiento*, generosamente soportado en unión con Jesucristo, el arma principal para obtener de la misericordia de Dios la cesación de las calamidades que afligen á la santa Madre Iglesia y la destrucción de las causas de ruina y de escándalo que precipitan todos los días un gran número de almas en el infierno. Sí, amadísimo lector; no faltarán apóstoles de la *oración* y del *sufrimiento* que consentirán en orar y en sufrir por este siglo culpable: no faltará para él garantía que le haga volver al bien, y por consecuencia, que sea esperanza de su salvación.

Sírvate esta conclusión de guía y de estímulo, á la vez, en la lectura de este libro, con que rendimos humildísimo homenaje al Corazón agonizante de Jesús, al Corazón compasivo de María y al Corazón sufridísimo de San José. Dígnense estos tres amables Corazones, víctimas del dolor y del amor, acoger y bendecir este débil trabajo, haciendo que produzca frutos copiosos de salvación para el tiempo y para la eternidad.

ESTÍMULO Y BENDICIÓN DE PÍO IX.

Al publicar esta tercera edición de nuestro libro, no podemos menos de regocijarnos, haciéndola preceder del precioso estímulo y de la paternal bendición que el Soberano Pontífice Pío IX, de venerable memoria, se dignó conceder, algunos años antes de su muerte, al *Apostolado del Sufrimiento* y á su humilde autor. En esta aprobación implícita del gran Pontífice de la obra expiatoria y regeneradora que este libro recomienda, los lectores de buena voluntad hallarán un nuevo y apremiante motivo para entregarse con redoblado fervor á este apostolado del sacrificio, que los ataques perseverantes del satanismo moderno hacen cada vez más oportuno y necesario.

Por su parte, León XIII, Papa gloriosamente reinante, reconociendo la oportunidad y la eficacia de este apostolado reparador en los malos días por que atravesamos, recomienda su práctica, de tiempo en tiempo, á los fieles admitidos en sus audiencias. Para no citar más que uno ó dos hechos recientes, diremos que, habiendo sido recibido en el Vaticano el general de una orden religiosa, Su Santidad le expresó el deseo de que entre los religiosos de su orden se ofrecieran algunos á Dios *como víctimas voluntarias* por las necesidades actuales de la Iglesia y del Pontificado.

Después hemos sabido que el Padre Santo hizo una recomendación idéntica á una diputación

de religiosas del Sagrado Corazón, que fué á ofrecerle su homenaje filial y á pedirle su bendición.

¿Quién de vosotros, lectores piadosos, no acogerá con santo respeto este deseo expresado por el Vicario de Jesucristo? ¿Quién de vosotros no responderá con generosa diligencia al llamamiento que el mismo Jesucristo se digna dirigirnos por boca de su primer representante en la tierra?

Corramos todos unidos y coloquémonos bajo el estandarte del *Apostolado del Sufrimiento*. Sigamos orando; pero *empecemos á sufrir algo más*. El ejército de Satanás es tan numeroso, la guerra contra Dios y contra su Cristo es tan universal y tan encarnizada, que para luchar victoriosamente en este combate supremo, no parece que son suficientes las armas solas de la oración; siendo necesario, de toda necesidad, unir en más larga medida el arma invencible de la Cruz, es decir, la de la expiación voluntaria, la de los sufrimientos voluntarios, y si fuera preciso, la de muerte espontáneamente aceptada, si á Dios place exigir esta ofrenda de nuestra vida, para la reparación de su gloria, para el triunfo de su Iglesia, y para la salvación de las almas, rescatadas á precio de su sangre.

Tomemos, pues, cada uno nuestra cruz. Coloquemosla sobre nuestros hombros y marchemos valerosamente por el camino de Jesús, nuestro divino Salvador, que llevó la suya hasta la cima del Calvario, desde donde parece querer ser crucificado una vez más, en la persona de su Iglesia y de sus miembros atormentados.

Sí, víctimas voluntarias para la Santa causa de Dios y de la Iglesia y de las almas; sigamos fielmente, con intrépido paso, desde Gethsemani hasta el Gólgatha, á la víctima voluntaria por excelencia, á Jesús, nuestro amadísimo Redentor. Unamos nuestro sacrificio al suyo y al de su san-

tísima Madre: y tomemos en lo sucesivo por divisa estas palabras del Apóstol Santo Tomás:— «Vayamos nosotros también y muramos con El». *Eamus et nos ut moriamur cum eo.* (Joan, XI, 16.)

He aquí ahora el texto de nuestra humilde súplica al Padre Santo Pío IX, seguida de su firma y de algunas palabras de estímulo, escritas de su propia mano. A la caritativa mediación del nunca bastante llorado P. Enrique Ramiere, al celoso promovedor de la obra eminentemente católica del *Apostolado de la Oración*, somos deudores de este favor insigne. Que él se digne recibir desde lo alto del cielo nuestro más sincero y vivo reconocimiento.

BEATISSIME PATER:

Joannes Lyonnard sacerdos a Societate Jesu ad pedes Tuæ Sanctitatis provolutus librum ei offert quem sub titulo *Apostolat de la Souffrance* composuit, cum siquidem Christus Dominus patiendo non secus ac orando et prædicando mundum salvaverit, suos discipulos ad *adimplenda ea quæ passioni suce desunt* vocavit non pro salute duntaxat propria sed etiam *pro corpore ejus quod est Ecclesia*. Hoc nemo melius novit quam Tua Sanctitas quam videmus tanto cum animi robore crucem Christi ferentem et *tota die ad populum*, qui Ei mala pro bonis reddit, *manus suas extendentem*. Sperat igitur dicti libri auctor fore ut Tua Sanctitas, quemadmodum *Apostolati Orationis* benedixit, ita et huic alteri Apostolati benedicere dignetur; neque dubitat quin ex hac benedictione hoc suum opusculum mag-

nam nanciscatur fœcunditatem ad Dei gloriam
animarumque Salutem.

.....
Dominus vos benedicat et dirigat.

PIUS, PP. IX.

TRADUCCIÓN.

«Santísimo Padre:

Juan Lyonard, sacerdote de la Compañía de Jesús, prosternado á los pies de Vuestra Santidad, ofrece á V. S. el libro que ha compuesto, bajo el título del *Apostolado del sufrimiento*. En efecto, habiendo salvado al mundo Cristo nuestro Señor, no menos por sus dolores que por sus oraciones y predicaciones, ha llamado á sus discípulos á *cumplir lo que falta á su pasión*, no sólo para su propia salud, sino también *para la de su cuerpo que es la Iglesia* (1). Ninguno sabe mejor esto que Vuestra Santidad, á quien vemos llevar con tan gran fuerza de ánimo la cruz de Jesucristo, y *extender todos los días sus manos hacia el pueblo*, que le devuelve mal por bien. El autor del susodicho libro abraza la esperanza de que, así como vuestra Santidad bendijo *El Apostolado de la Oración*, se dignará bendecir este otro *Apostolado*, no dudando que su obra reportará de esta bendición gran fecundidad para la gloria de Dios y la salvación de las almas.

.....
Que el Señor os bendiga y os dirija.

PÍO IX, PAPA».

(1) Coloss., I, 24.

ÓTRO ESTIMULO Y BENDICION DE PÍO IX.

Nuestro amado Padre Pío IX se había dignado en 1867 conceder el primer estímulo y la primera bendición al *Apostolado del Sufrimiento* y á la sociedad de *las víctimas voluntarias*. Cerca de cuatrocientas sesenta personas de buena voluntad prestaron su nombre para formar la primera lista de miembros de dicha sociedad; y á su cabeza figuraba el del venerable y llorado Obispo de Menda, Monseñor Juan Antonio María Foulquier, á quien Pío IX honraba con su particular afecto, hasta el punto de llamarle su amigo, dándole los calificativos de *piissimus* y *doctissimus*, esto es, de Obispo piadosísimo y muy instruído. Este digno Prelado fué quien, accediendo á nuestra súplica, presentó á Pío IX, hallándose en Roma, el homenaje de esta primera lista de las *víctimas voluntarias para las necesidades de la Iglesia y de las naciones, sobre todo de las naciones católicas de Europa*. La ofrenda fué acogida con paternal benevolencia, y el cuadernito que contenía estos nombres volvió del Vaticano con la firma de Pío IX y las siguientes palabras escritas en latín de su propia mano:

Die 16 Novembris 1867.

Qui vult venire post me, dicit Dominus, abneget semetipsum, tollat crucem suam et sequatur me. Ille vos benedicat qui regnavit a ligno.

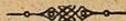
PIUS, PP. IX.

Día 16 de Noviembre de 1867.

«El que quiera venir conmigo, dice el Señor, renúnciese á sí mismo, tome su cruz y sígame. El que ha reinado por el leño de la cruz os bendiga.

PÍO IX, PAPA.»

Estímulos venidos de tan alto no necesitan comentarios. Aquellos de nuestros lectores que se hallen animados de su amor ardiente por nuestro Señor Jesucristo, y de un gran celo por la salvación de las almas, apreciarán particularmente el valor de su oportunidad.



EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL SUFRIMIENTO, CONDICIÓN INEVITABLE DEL HOMBRE
SOBRE LA TIERRA.

Un hombre santo ha escrito estas palabras en un libro que no se sabrá meditar demasiado (*): «Conducid vuestros pasos á donde queráis; disponed todas las cosas como sepáis hacerlo; volved en cualquier sentido y de cualquiera manera que os plazca; no llegaréis jamás á evitar el sufrimiento. Compañero inseparable de vuestra vida mortal; os sigue por todas partes con una pertinacia infatigable. No ensayéis escaparle por medio de una fuga impetuosa y necia; en ninguna parte sabréis refugiarnos sin llevar la cruz, porque ella es parte de vuestra existencia. La lleváis en vuestros miembros, asiento de todos los dolores; la lleváis en vuestra alma, morada abierta á todas las tribulaciones; y es para vosotros un huésped de todas las horas, de todos los instantes. La cruz es un otro yo del hombre. Si éste cuadro os parece exagerado, echad una mirada sobre vosotros y al rededor de vosotros; recoged vuestras memorias; prestad oídos á vuestros propios gemidos; preguntad á vuestra

(*) Imitación de Jesucristo.